

ASTRONOMÍA

Luna, lunita, lunera, cascabelera: estrella de la noche en la Plaza de Armas

Graciela Zamora

Desde que Galileo Galilei describió la superficie de la Luna en 1609, la imaginativa del hombre no ha cesado de crear innumerables historias que la han revestido de una mágica y romántica aura. El pasado domingo 13 de marzo, virtualmente, este objeto celeste bajó de sus aposentos siderales para acomodarse toda ella en el ombligo del zócalo de Cuernavaca. En el contexto del Festival Internacional de Cine y Medio Ambiente "Cinema Planeta", el Club de Astronomía Amateur del Instituto de Ciencias Físicas de la UNAM (ICF-UNAM) en Cuernavaca fue invitado a realizar una observación astronómica abierta al público en la Plaza de Armas. Eran las seis y media, la tarde avanzaba alegre, festiva; un espectáculo de acartonados payasos aglutinaba a la gente en un círculo frente al Palacio de Gobierno; a un costado, un gran toldo con postes oxidados cobijaba a una veintena de vendedores; una pantalla inflable como un enorme globo de Cantoya —en donde se proyectaría la película: *El viaje del cometa*— y una centena de sillas, aún plegadas, dividían por mitad a la plaza. Uno a uno, mis compañeros aparecieron con sus artefactos: una modesta pantalla, un proyector y 5 telescopios, —yo misma llegué cargando uno de estos gigantes ojos que ni siquiera utilicé, pero que al fin de la jornada me daría el distinguido mérito de cargadora, pues lo transporté ida y vuelta entre el estacionamiento y el zócalo como si de una manda se tratara. Bien pronto comprobamos que allá en las alturas, las glamorosas nubes le cerraban el paso a nuestros disparatados ojos me-



Imágenes captadas en la Plaza de Armas de Cuernavaca

cánicos y prolongaban así, la expectación de lo que sucedería. Difícilmente, por la tendencia del tiempo, se observaría otro objeto que no fuera nuestro satélite natural; ciertamente, no sólo debido al tiempo nuboso, sino a la contaminación lumínica de Cuernavaca y al alumbrado mismo del zócalo. Así pues, sin planearlo, la Luna se convirtió en la "estrella" de la noche.

Su imagen, producto de la reflexión de la luz solar sobre su superficie, lucía encantadora en un 70% del cuarto creciente —las fases lunares se asocian a los porcentajes de iluminación, que van

de 0% en la luna nueva, 50% en los cuartos menguante y creciente y el 100% en la luna llena.

En medio del apacible gentío, adaptamos un modesto observatorio, encuadrado por sillas con dos espacios que indicaban la entrada y la salida. En ese momento, el bendito calor se había ido a parar a otra parte del mundo y los árboles se cargaban con el griterío de los pájaros que reclamaban su espacio. Antes de la hora programada para la observación, —se planeaba hacerla antes y después de la proyección de la película— las nubes decidieron abrir el cielo y la Luna apare-

ció flotando como un candoroso fantasma, ayudada por el viento que movía el pequeño telón; el responsable de atraparla de ese desconsiderado modo provino de un ingenioso artefacto de Jared, un físico inventor del ICF-UNAM y también astro-amateur; entonces, la cola de gente empezó a crecer y decidimos abrir las simbólicas puertas de nuestro estrambótico observatorio lunar. De pronto, como bajado del cielo, apareció un astuto escuincle de seis o siete años de edad que en un descuido, tomó mi silla y se resistió a regresármela, por más argumentos que le daba y le recibía maliciosas miradas, el pícaro chamaco sonreía confortablemente acomodado en mi lugar. De improviso se levantó, cuando vio la oportunidad de asomarse a uno de los telescopios; se pegó en la lente como un chupón y, saciada su curiosidad, infatigable regresó a ocupar su silla, la mía por supuesto, y se embobó otra vez en mirar la Luna.

Una señora, con los ojos de plato, no atinaba a creer que lo que miraba a través del artificioso ojo era la mismísima Luna, la de todas las noches, la del conejo, la de las canciones. Un entusiasmo joven preguntaba entusiasta qué necesitaba para convertirse en astrónomo. El imaginario colectivo nos bautizó astrónomos, astrólogos o cualquier oficio que viera con los astros. "No, -le acoté a un viejillo con ojos aviesos-, somos amantes del jeroglífico

universo que, alguna vez cuando lo vimos, nos hechizo para siempre"; quizá como a esa santa gente que hacía de nuevo fila para llevarse un pedacito más de la Luna.

Terminada la proyección y con un aluvión continuo de personas, el artilugio del poderoso "mago" Jared hizo que la Luna, lunita, lunera, cascabelera surgiera como un planeta más, en medio de la plaza, ahora proyectada sobre la gigantesca pantalla. Merlín hubiera sentido envidia de aquel prodigio.

Enrique, Gabriel, Ricardo, Fermín, Adrián, Benjamín, Jared guardaron de nuevo los aparatos, todos ellos cargados sobre todo de bonhomía y un generoso sentido por compartir la desbordante hermosura del cosmos y su infinito silencio ensordecedor.

Para mayor información sobre cómo unirse al club de astronomía del ICF-UNAM y ver artículos previos publicados en esta sección, favor de visitar la página:

<http://www.fis.unam.mx/~trujillo/ClubAstro>

